

en todos sentidos por las ambiciones de las grandes familias, cayó en una desorganización completa. Además de las dinastías extranjeras, como las casas de Sajonia y de Condé, los grandes señores y propietarios de las tierras de Polonia, los Czartorysky, los Poniatowsky, los Leszczyński, solían colocarse sobre todos los votos y todas las libertades, comprando los congresos ó reemplazándolos por la fuerza de los ejércitos prestados por alguna potencia vecina. Así fué que el rey de Polonia bajo cuyo reinado se cumplió el primer reparto en 1772, Estanislao Augusto, uno de los antiguos amantes de la emperatriz llamada la «gran Catalina», no era más que un cómplice de Rusia, y bajo su gobierno, el general Repnin, nombrado por la zarina, fué el verdadero amo.

Al final fué inútil el fingimiento, y las tres potencias limítrofes de Polonia procedieron tranquilamente á la obra de despedazar el país, que nada característico defendía, ni rasgo del suelo ni diferenciación bien clara de sus habitantes. Austria tuvo el trozo mayor: además de las montañas de Szepas, tomadas en garantía hacia ya dos años, se adjudicó las extensas llanuras de Galicia y de Lodomeria, países eslavos recortados á despecho de la homogeneidad de las razas, con que no se contaba en aquella época como se pretendería hacerlo hoy. Prusia hizo más que redondear sus posesiones, reunió sus provincias orientales y las del Brandeburgo, que eran la cuna de la monarquía: se pudo comenzar á hablar de unidad política á propósito de un Estado compuesto de varios fragmentos que gravitaban alrededor de centros muy lejanos unos de otros. Rusia, cuyas dimensiones eran ya enormes, aumentó menos en proporción, aunque dos millones de súbditos nuevos, Lituanios en su mayor parte, hubiesen sido transferidos al gobierno de la zarina. En total, lo que quedaba de Polonia perdió más de cinco millones de habitantes; sin embargo, el Estado, reducido sin batalla á más de la mitad de su extensión, no quiso tocar á la jerarquía de clases hostiles, nobleza, burguesía, pueblo, que había conducido á la fatal disgregación del reino: quedó la desunión sobre todos los asuntos de orden interior, y sólo se estuvo de acuerdo en apariencia para aprobar, por una decisión formal de la Dieta, la terrible amputación que las tres potencias habían hecho sufrir al país. ¡Tanta baja y cobardía

pudo formularse en lenguaje elegante en las asambleas deliberantes!

En aquella época Rusia era ya bastante poderosa para obrar á la vez sobre sus fronteras occidentales del lado de Polonia, y al mediodía del lado de Turquía. En 1771 los Rusos forzaron los atrincheramientos de Perekop, en la raíz de la Crimea, y se habían apoderado de la gran fortaleza natural formada por la península. La flota rusa, partiendo del Báltico, llevó su atrevimiento á rodear Europa para combatir á los Turcos. Los barcos de Catalina penetraron en el Archipiélago, tratando de insurreccionar los cristianos de la Morea y de las islas; se llegó hasta á intentar una desviación en Egipto, pero tales esfuerzos eran prematuros, y Turquía no perdió durante esa guerra la menor parte de su dominio mediterráneo, aunque su flota fué destruída en la bahía de Tchesmé, entre la isla de Chios y el continente de Asia.

Al mismo tiempo la lucha se prolongaba en las regiones danubianas con éxitos diversos. Cuando aquel acto del gran drama varias veces secular terminó en 1774 por el tratado de Kutchuk Kainardji, cerca de Silistria, Rusia había adquirido ya una posición mucho más fuerte en el juego de la conquista: se había asegurado la posesión de todo el litoral del norte del mar Negro, incluso Crimea, donde indirectamente ejercía el poder; había llegado también á ser potencia protectora de la Moldavia y de la Valaquia, al norte del Danubio, y su derecho de libre navegación sobre el mar Negro, el mar de Mármara y los estrechos había sido definitivamente reconocido por la Sublime Puerta. Era evidente, sin embargo, que ese tratado, en la intención de sus autores, no pasaba de un convenio puramente dilatorio, á causa de que los Turcos mahometanos no podían abandonar la idea de la guerra santa contra los cristianos, y Catalina II sufría continuamente la obsesión de la conquista. Indudablemente el espejismo de Constantinopla ó Tsargrad, denominada la «Ciudad de los Tzars», flotaba ante los ojos de los soberanos del Norte, perdidos en su país de hielos y de nieve. Entonces fué cuando se imaginó la existencia de un «testamento de Pedro el Grande», ordenando á sus sucesores la conquista del Bósforo, y desde aquella época el nombre de «Constantino» entró en el repertorio familiar de la dinastía rusa, como para reunir las edades y hacer del imperio moderno de los czares la continuación legítima de la antigua Bizancio.



La «cuestión de Oriente», no resuelta todavía un siglo después de Catalina, hubiera podido anticiparse algunos años si la guerra no hubiera sido dirigida de la manera más desordenada por favoritos mucho más hábiles para hacer la corte que para mandar ejércitos. Aparte de que, hasta en el interior de Rusia, que de lejos parecía un conjunto homogéneo, también existía el caos entre las razas yuxtapuestas.

Un ejemplo admirable de ese desorden étnico es el presentado por la huida de los Kalmukos Tourgot, acampados desde el principio del siglo al norte del Caspio. Esos Kalmukos, que fueron expulsados de su territorio por un conquistador mongol y á quienes Rusia había dado en sus estepas orientales una hospitalidad que no tardó en transformarse en dura opresión, echaban de menos el país de sus antepasados, que les describían las narraciones de los supervivientes y que fué después embellecido por la leyenda. Los cobradores de contribuciones y los reclutadores de soldados les tomaban los mejores animales de sus rebaños y los jóvenes más fuertes de sus familias: la existencia se hacía intolerable en aquella tierra del extranjero.

En un día del año 1763 se verificó el gran trastorno de la nación: ciento sesenta mil individuos, hombres, mujeres y niños, tomaron el camino del Asia central, y, perdiéndose en seguida en unas soledades todavía desconocidas de los Rusos, se libraron de toda persecución. En ocho meses, después de un lento viaje, de pasto en pasto, á través de las llanuras entre Siberia y Turkestán, hallaron unas tribus kirghises que les impidieron el paso al país de Ili, entre las estribaciones principales del Tian-chañ y los montes septentrionales. El combate, el movimiento de retirada y el penoso rodeo del territorio enemigo á través de los montes Altai, escarpados, cubiertos de nieve, casi desiertos, y la falta de pastos para los rebaños costaron al pueblo en marcha más de la mitad de su efectivo; setenta mil Kalmukos solamente llegaron á la Tierra de las Hierbas, dependiente del imperio chino, donde el emperador ordenó acogerles.

El espacio evacuado en Rusia por los Kalmukos fué invadido, como lo haría un remolino de aguas desbordadas, por fugitivos de razas diversas, en medio de los cuales un atrevido rebelde, Pougatchev, reclutó á miles los descontentos Raskolnikis, escapados de

la servidumbre, Bachkires, Turcos y Tártaros, con los cuales tuvo en jaque durante dos años á las fuerzas del Imperio.

Europa, es decir, el conjunto de civilización procedente del mundo mediterráneo y continuado por los invasores bárbaros, al mismo

N.º 421. Teatro del Exodo de los Kalmukos.



tiempo que influía poco á poco sobre los Turcos, los Uralianos y otros pueblos de Asia, comenzaba á anexionarse el Nuevo Mundo á través del Atlántico.

En el espacio de tres siglos, las comunidades de blancos europeos, establecidos en los dos continentes occidentales, habían ganado bastante en fuerza y en iniciativa nacional para sentirse capaces de conquistar su propia vida autónoma sin otro lazo con las metrópolis



respectivas que el intercambio de las ideas y de las mercancías. La primera gran escisión de esta naturaleza, análoga al fenómeno de fisiparidad que puede observarse en el mundo animal, es la que se efectuó con la constitución de los Estados Unidos de la América del Norte. Esa emancipación política fué un acontecimiento capital en la historia de la humanidad, sobre todo por la interpretación que le dieron los filósofos contemporáneos. Pero considerada únicamente en sí, como un fenómeno aislado, la revolución de la Independencia



NUEVA YORK EN EL SIGLO XVII

Las diferentes letras indican el fuerte, la casa comunal, la iglesia, la horca, etc.

americana fué el admirable nacimiento de una Europa nueva que florecía sobre una tierra extranjera, realización del símbolo antiguo: Eneas llevando la ceniza del hogar troyano á los surcos de Roma.

La ruptura de las colonias norteamericanas hubiera sido imposible durante los dos primeros siglos de la colonización, mientras los grupos de emigrantes desembarcados sobre el litoral atlántico del Nuevo Mundo, entre Nueva Escocia y la península de la Florida, permanecían en su aislamiento primitivo: perteneciendo á clases, á religiones y hasta á nacionalidades diferentes, los diversos enjambres de blancos que se sucedían sobre aquella larga costa de 1,500 kilómetros, sin contar las irregularidades de la orilla, entraban difícilmente en relaciones unos con otros y apenas podían borrar las preocupaciones y las prevenciones hereditarias que les tenían separados ni comprender la comunidad de intereses que les creaba un nuevo medio. Antes de pensar en una rebelión común era preciso

que los Puritanos de Nueva Inglaterra se reconocieran solidarios de los colonos de Nueva York, entre los cuales el elemento neerlandés se hallaba aún en gran mayoría; necesitaban además haberse asimilado más ó menos los Suecos del Delaware y los hugonotes de las dos Carolinas; y no sólo esto, sino que habían de olvidar el odio religioso que les hacía mirar con una especie de horror á los católicos del Maryland, los cuáqueros de Pennsylvania y los «caballeros» con pretensiones aristocráticas de la Virginia.



NUEVA YORK EN EL SIGLO XVII

Sobre esa misma tierra, la punta de Manhattan, se elevan actualmente casas de veinticinco pisos.

Durante mucho tiempo, cada una de las colonias, contrastando mutuamente por el origen y por la historia, permaneció en la dependencia directa de la Gran Bretaña, de donde recibía el impulso vital, y de la cual, en muchas circunstancias, esperaba socorros en hombres y en dinero, debido á que los emigrantes británicos no habían ido á establecerse sobre un territorio desocupado, y que casi siempre habían tratado como enemigos á los indígenas. Á excepción de William Penn, que supo obrar como hombre justo y verdaderamente noble respecto de los Indios, los demás fundadores de colonias se condujeron contra las tribus con la brutalidad ordinaria de los conquistadores. En toda la extensión de la frontera, en las montañas, los bosques, los pantanos, no cesaba la guerra de exterminio. Al Norte, los hijos de los puritanos trabajaban por la destrucción de los Albenakis, Narraganvatts, Pequods, Mohicanos y otros pertenecientes á la gran raza de los Algonquinos; más al Sud,